Los discursos filosóficos de Forner

El 8 de Junio de 1787 aparecían anunciados en la Gaceta de Madrid, por vez primera, los *Discursos filosóficos sobre el Hombre*, del emeritense Juan Pablo Forner, impresos por la Imprenta Real en un volumen en cuarto de más de cuatrocientas páginas. La edición de la obra se había estado gestando desde hacía cuatro años, tras el memorial que el autor envió a Floridablanca, en el que se vanagloriaba de haber rematado con éxito esta singular proeza literaria,

«...impugnando los sofismas de la impiedad y estableciendo las verdades que tocan a la naturaleza del Hombre... lo que no se ha visto hasta ahora en nuestra patria, esto es, atados al número los asuntos filosóficos, y ejecutado por un joven lo que ejecutó Alejandro Pope poco tiempo antes de su muerte».

Con tal afirmación, Forner falta descaradamente a la verdad, ya que conocía bien las *Poesías filosóficas* de Cándido María Trigueros, publicadas en Sevilla entre 1774 y 1778, contra las cuales lanzaría una durísima andanada en las *Exequias de la lengua castellana* (1). Al manifestar que siguió los pasos del poeta inglés Alexander Pope, ajustando sus ideas «al número de la poesía», Forner se confiesa al mismo tiempo seguidor de Trigueros en su intento de escribir poemas filosóficos a sus 24 años de edad, es decir, en 1780, según el citado memorial, que escribe para pedir una subvención oficial. En esta fecha vive en Madrid plaza de las Salcasas, en casa de su tío materno D. Juan Piquer, y trabaja como pasante de Leyes en el bufete de D. Miguel Sarralde, un conocido abogado que llegaría a ser Fiscal de Barcelona. Es también el año en que, deseoso de adquirir notoriedad literaria, sale en defensa de su amigo, el joven poeta salmantino Juan Meléndez Valdés, cuya éloga *Batilo* había sido derrotada en el concurso de la Real Academia Española, que la

consideraba inferior a la de su rival, el canario Tomás de Iriarte, el poeta más conocido de la Corte (2). El año 1780 es, por tanto, el año del "despegue" de Forner como escritor público, en el que comienza a redactar su obra más ambiciosa, los *Discursos filosóficos sobre el Hombre*.

Es también el año de Goya, que en Enero entrega a la fábrica de tapices de Santa Bárbara su cartón de *Las lavanderas*, en mayo es elegido individuo de la Real Academia de San Fernando, y en Diciembre termina los frescos de la ermita madrileña de San Antonio de la Florida. En Abril se había concedido al fiscal del Consejo D. Pedro Rodríguez Campomanes el título de Campomanes; en Mayo fallecía prematuramente Nicolás Fernández de Moratín; en Junio se estrenaba en el Teatro del Príncipe la comedia de Ramón de la Cruz *La amistad o El buen amigo*, sacada de una novela de Marmotel. En el Paseo del Prado comenzaban a tomar forma las fuentes de Neptuno y de Cibeles.

El extremeño, por su parte, tiene prisa por alcanzar la gloria literaria, que supone la ha de venir de los *Discursos*, tal como se desprende de su exposición a Floridablanca: «este trabajo... tal vez no será ingrato a la posteridad y aun ahora a las naciones cultas». Pero pasan los años y el milagro no se produce. Insiste en 1785, consiguiendo que el ministro remita su original a la censura del Inquisidor General, obteniendo la licencia en Noviembre de 1786, al mismo tiempo que se le premia con seis mil reales por un encargo oficial, la *Oración apologética por la España y su mérito literario*, de mayor importancia política que los *Discursos*.

Mientras se están imprimiendo estos, fallecen en Madrid el músico Scarlatti, el ministro Gálvez y el poeta Vicente García de la Huerta. Se publican dos periódicos de la mayor importancia, el *Semanario erudito* de Valladares y el *Espíritu de los mejores diarios* de Cladera. El *Memorial literario* recoge en el mes de Mayo un *Discurso sobre los abusos de la poesía*, en contra de los temas báquicos y eróticos, que corrompían las buenas costumbres. En Vara del Rey (Cuenca) el antiguo contertulio salmantino de Forner, León de Arroyal, concluye las primeras *Cartas político-económicas al Conde de Lerena*. En Valencia, Juan Bautista Madramany da a luz su traducción del *Arte poética* de Boileau, que aparece por vez primera en castellano. En Madrid, el 14 de Julio, el

jovencísimo Quintana recita una oda en la Real Academia de San Fernando.

Por fin, al cabo de siete años, el abogado extremeño, enredado ya en interminables polémicas literarias de escasa utilidad, podía leer en letras de molde la gran obra de su juventud, donde hacía gala de gran erudición y daba forma literaria a la filosofía moral que había asimilado en casa de los Piquer. El juicio de Françoise López es elogioso («l'oeuvre de Forner, par son ambition, était des plus originales en Espagne»). Pero ya sabemos de su dependencia con relación a las *Poesías* de Trigueros, a las cuales, según el mismo hispanista francés, «surpasse de beaucoup en qualité»(3). Por mi parte, quisiera hacer algunas reflexiones sobre estos *Discursos*, que, hasta el momento, han recibido muy poca atención en los comentarios sobre al poesía del siglo. Alborg apenas le dedica unas líneas(4). Arce, un par de páginas (5). Los poemas fueron reproducidos por Cueto en el tomo 63 de la Biblioteca de Autores Españoles, de donde toma Rogelio Reyes los noventa versos que incluye en su antología (6). En la Polt ni se mencionan (7).

Quien más se extiende sobre ellos es Françoise López, el mejor conocedor de las obras del fiscal extremeño, objeto de sus tesis doctoral. Dedicar unas veinte páginas de su libro a comentar los *Discursos*, concluyendo que la defensa que en ellos se hace de la religión revelada es mucho mas "*ilustrada*" que las de otros apologistas del catolicismo, francesa o españoles. Cosa nada difícil, por otra parte, dada la postura fanática e intolerante de los autores que cita. Pero que no invalida la imagen tradicional de un Forner ardiente defensor de Dios, Patria y Rey, la férrea unión del Altar y el Trono en el corazón mismo del *Siglo de las Luces*.

Que Juan Pablo estuviera desde su juventud preocupado por los problemas de la filosofía moral es cosa segura, sobre todo repasando la lista de sus escritos conservados por don Juan de Grinda. Allí aparecen borradores de una sátira contra la falsa sabiduría, de un ensayo sobre los filósofos franceses, notas sobre los filósofos mas representativos de su época y algunos fragmentos sobre Dios y la necesidad de la revelación, el problema del mal en el mundo, la consideración moral del hombre, el alma, los instintos, las pasiones, la libertad, el materialismo y otras varias

anotaciones sobre temas filosóficos y morales (8). Todas estas ideas quedaron reflejadas en los *Discursos*. Pero también en otros poemas no acabados, en los que desconfía de la razón («flaca, mudable i en áspero camino/ i oculto i encubierto su destino»), y en obras impresas como su *Preservativo contra el ateísmo* (Sevilla, 1795).

La edición de 1787, única completa, está formada por una dedicatoria, un discurso preliminar, los cinco *Discursos* en verso y unas "ilustraciones" en prosa a cada uno de ellos, que ocupan las dos terceras partes del volumen. La obra está dedicada al *Varón virtuoso*, «en quien la porfía/ de las tercas pasiones se quebranta», previniéndole en contra de la *Vana Filosofía*, que es «yugo bárbaro y sangrienta tiranía», lo opuesto a la *Religión*, guía del hombre, ya que «ella precede a la Razón incierta/ con antorcha brillante/ sus pasos aclarando y dirigiendo». Así, ningún lector se llama a engaño. Leyendo la dedicatoria sabe que tiene entre sus manos una apología de la religión católica, algo muy distinto a lo que sugiere el título.

El *Discurso preliminar*, en prosa, es un ataque frontal a las ideas filosóficas de su siglo, que califica de sofismas impíos. Con una comparación impropia, comienza constatando que

«en nuestra edad hay una caterva de Don Quijote de la Filosofía, que tienen la admirable libertad de despreciar todas las religiones del mundo. Todo es superstición, si los creemos: todo sagacidad humana para contener a los hombres en su esclavitud».

Todos estos quijotescos filósofos a los que menciona (Helvetius, Voltaire, Rousseau, etc.) solo buscan el aplauso público con sus novedosas formulaciones. La Razón no es más que «el asilo de la impiedad», cuando, en realidad, debiera estar «sujeta a los decretos del Dios que la crió para que le sirviese».

Después de manifestar que «estas y otras muchas consideraciones me pusieron la pluma en la mano para escribir los discursos», expone su sistema doctrinal, sobre la base de estas cinco proposiciones:

1. El Hombre no forma parte de la naturaleza material.
2. El Universo ha sido creado para el Hombre.
3. La existencia de Dios queda probada porque «si no existiera, las

obras del Hombre no tendrían fin alguno».

4. La corrupción humana consiste en la rebeldía de las pasiones y en el abuso de la voluntad.

5. Para remediarlo, Dios substituyó la ley natural por la revelada.

El *Discurso I*, que subtítulo «Ciencia del Hombre», está dedicada a *Damón*, en tercetos encadenados, y concluye así:

«Si a la Virtud me llama la conciencia
y la debo oponer a las maldades,
esta es del Hombre la sublime Ciencia;
las demás, vanidad de vanidades».

En las notas al poema, elogia al «célebre escolástico» Santo Tomás de Aquino, y confiesa no haber leído a Spinoza, pero sí a Pope («que se extravía al hablar de la cadena de los seres: este pensamiento sería sublime si no destruyera la libertad de Dios y del hombre») y a Helvetius, "*sofisma desatinado*" por poner en duda la inmortalidad del alma. El materialismo no tiene sentido porque «está demostrada de cien mil maneras la repugnancia del pensamiento con la materia». En definitiva, para Forner, es impensable la existencia de una vida virtuosa fuera de la religión católica. Es incapaz de distinguir entre doctrina religiosa y conducta moral: la maldad sólo prospera en el hombre que se cuestiona la veracidad de la doctrina revelada.

En el *Discurso II* sobre la «Imposibilidad en que se halla el entendimiento de alcanzar la verdadera noticia y culto de Dios», se dirige a la Verdad Divina pidiéndole que venga a iluminar al Hombre. Califica al XVIII como "*siglo infeliz*" y se burla de los filósofos no cristianos, ciegos ante la Verdad sobrenatural, incluso los anteriores a Cristo:

«¡Pobre Sócrates! Presto a la cicuta
le llevaron incrédulos Voltaires».

Ni la filosofía pagana se libra de su condena. No por ser pagana, sino por no haber seguido la senda de la revelación. Es el sometimiento más absoluto de la razón al criterio de autoridad impuesto por la casta sacerdotal, desde los orígenes bíblicos.

El *Discurso III*, que trata de la "*Corrupción del Hombre*", recurre a la usual alegoría del sueño poético. El poeta se imagina transportado al reino de la *Opinión*, «triste lugar» en que tienen «perpetuo asiento la Arrogancia hinchada/ la flaca Envidia y el Desprecio adusto». Tales deidades, adoradas por los literatos del siglo, provocan la discordia entre ellos, pero entonces aparece la *Verdad*, que a todos deslumbra, menos al autor, a quien confía sus secretos. Uno de ellos, por ejemplo, del gran «Cartesio/ con que se honoran, porque al fin consiguen/ errar con agudeza entre ignorantes». He aquí otra confidencia, exclusiva, sobre la corrupción:

«Desde que el manto de la luz despliega
la risueña mañana, hasta que el velo
de la noche se esparce, y le retira,
hierven afanes de malicia insana
en el pecho del hombre...
¡Execrable saber! ¡Horrible ciencia
que ella por sí, la corrupción humana
que pretende salvar, muestra y descubre!»

El *Discurso IV*, escrito en endecasílabos blancos, como el anterior, responde al título de «Fin del Hombre. De aquí deducida la inmortalidad del alma: y de ella, la existencia de Dios». Porque,

«Si muere el hombre cuando el cuerpo muere,
¿Para qué la razón?...
Olvidado del cuerpo, en mí percibo
un alto sentimiento que del suelo
me destierra y al cielo me levanta».

Condena aquí, una vez más, al «sistema extravagante de Rousseau», a los «crasos materialistas» y a «los soberbios filósofos». De nuevo acude a la alegoría, presentando un diálogo de la Razón con la Voluntad, la Libertad, los Sentidos, el Ingenio, el Juicio, etc.

Este es su razonamiento en sus notas en prosa: «El alma es inútil para vivir, luego su fin está mucho mas allá de la vida... Es claro que el alma ha de permanecer después de separada del cuerpo para lograr su

fin». Más adelante estampa esta afirmación, verdaderamente insólita en estos años de extrema sensibilidad: «Jamás un afecto ha sido dañoso a una bestia; rara vez ha dejado de serlo al hombre». Aunque, «no por eso dejan los sentidos de ser en la vida uno de los instrumentos más principales de la racionalidad».

Para el Forner humanista, de origen valenciano por parte de madre, Juan Luis Vives fue «el primer restaurador de las ciencias en Europa y el hombre de mayor juicio que se ha conocido en estas últimas edades». Esta veneración por los autores renacentistas es compartida por los hombres de la Ilustración, especialmente poetas, cuya deuda con los escritores del siglo XVI es reconocida por todos los críticos actuales, frente a los defensores de un "afrancesamiento" de la cultura española en el siglo XVIII.

El *Discurso V* es una silva, dedicada a *Batilo*, que expone las «Perversas inclinaciones de la Razón. Sistema del Hombre y leyes que debe observar según los designios de la Providencia, que atiende a los remedios de las necesidades humanas». Es el ataque frontal de mayor dureza contra la razón que podemos encontrar en la literatura española de aquellos años. Porque la Razón...

«se precipita
fácil al Mal, que tanto le complace
que aun le juzga virtud cuando le hace».

El motivo es que la Razón no pasa de ser «el oráculo servil de las pasiones». Y completa su pensamiento con esta nota:

«La naturaleza humana, guiada por la Razón, ha caído en mil errores; y con todo eso hay sofistas que ponen nuestra felicidad en seguir los impulsos naturales».

Doctrina, como se ve, más propia del púlpito que de un poema supuestamente filosófico. Porque la argumentación no resiste el menor envite de un juicio medianamente crítico.

Mayor carga de insensatez tienen sus opiniones sobre la Divina Providencia, que «es dogma que tiene mutuas conexiones con la Religión

cristiana». La nota al margen es así de sabrosa:

«Los sofistas no conocen que impugnan a la Providencia porque Ella misma lo permite: estando decretado así en los inescrutables designios de Dios».

Intenta después conciliar la Providencia con la Libertad, y escribe:

«En el hombre no hay otra necesidad que la de ajustarse a lo bueno y justo; y esta necesidad, ni nace de las impresiones que recibe, ni de encadenamiento alguno de causas anteriores; sino del mismo hecho de tener potestad para no ajustarse: y ve aquí la esencia íntima de la libertad, no fundada en metafísicas vanas y antojadizas, sino en el sentimiento íntimo que experimenta cada uno dentro de sí mismo».

Sea filosofía moral, sea antropología, lo cierto es que Forner menosprecia, injuria y combate ferozmente a los filósofos deístas y materialistas europeos, dentro de una anti-filosofía agresiva que nace en España por influencia de las obras francesas del mismo signo. Aunque no desea la pervivencia del escolasticismo medieval, se abraza a la religión revelada como tabla de salvación en las tormentosas aguas ideológicas del mundo moderno, con sus novedades emancipadoras. Pero esto es fe, no filosofía. Forner tiene muy buenas cualidades como historiador y polemista, escasas como poeta, muy pocas como filósofo. Sus teorías, compartidas con lo más reaccionario de Europa, constituyen un importante precedente de la actitud tomada por los *serviles* en el reinado de Fernando VIII (9).

Los axiomas religiosos y morales contenidos en estos *Discursos* proceden de unas dogmáticas enseñanzas de juventud, mal digeridas, pero excusables en un joven de veinte años, que expone sobre el papel todo lo aprendido, con vehemencia y sin excesivo ejercicio de autocritica. Pero sorprende ver al Forner maduro, embarcado en lides literarias de altos vuelos, defenderlos apasionadamente como la obra apologética de la que se sentía más orgulloso. No sólo en los memoriales que precedieron a su publicación, sino, sobre todo, en escritos posteriores. Aunque no hay constancia cierta, es de suponer que sea suya la elogiosísima reseña que apareció en el *Journal encyclopédique* de París, en febrero de 1788. A

esta conclusión apunta el estilo, pero sobre todo las ideas concretas contenidas, en la recesión, que únicamente podían haber salido de la pluma del vanidoso Juan Pablo, «esprit sage, éclairée de toutes les lumières de la Philosophie». Ningún francés, por muy reaccionario que fuese, se habría atrevido a decir tal cosa de un joven español que no ofrece ni un solo argumento filosófico. Pero mucho menos un diario en el que colaboraba el mismísimo Voltaire.

Sabemos que los *Discursos* recibieron la punzante sátira de Iriarte y del agustino Centeno. Incluso el ecuaníme Jovellanos dejó escrito que fueron "*poco estimados*". Sin embargo, el autor los encumbra a la cima de la gloria literaria siempre que tiene ocasión. Así lo testimonia, por ejemplo, un autógrafo rigurosamente inédito, en el que expone sus méritos literarios. Ofendido por las críticas y murmuraciones, escribe lo siguiente:

«A poco tiempo de la publicación de la 'Oración (apologética)', dio a luz los 'Discursos filosóficos', obra en que el autor cree haber descubierto sendas nuevas en la Metafísica, después de los Leibnizes y Volfios. Obra en cuyas Notas hay una erudición filosófica que el suplicante cree no tener igual en lengua castellana. Y no es esto jactancia, Excmo.Sr., porque el suplicante habla con conocimiento de quanto se ha escrito en castellano sobre la filosofía; y ha tocado por experiencia que en aquella línea y por aquel estilo se ha hecho poquísimo en nuestro idioma. Obra en que tuvo que vencer la dificultad de hacer poéticas las materias más áridas y abstrusas de la Moral y de la metafísica. Y obra, en fin, que agradecerá tal vez la posteridad, aunque aora sea mordida. La malignidad de los antagonistas del suplicante ha llegado al extremo de publicar que el elogio que se estampó destes 'Discursos' en el 'Diario de Buillon' ha sido enviado y dictado por el autor dellos. El suplicante tiene bastante serenidad para despreciar estas hablillas y mirarlas con risa; pero, como en esto se mezcla su pundonor, agradecería ciertamente sobre este particular se hiciese una exacta y rigurosa averiguación» (10).

También en este memorial se desliza una noticia desconocida a los biógrafos de Forner: sus estudios botánicos en Madrid, bajo la dirección de Antonio Palau. Estas son sus palabras: «España es deudora al suplicante de los primeros actos o ejercicios públicos de Botánica que se han visto en Europa». La modestia, desde luego, no era su fuerte. Y, como todos los soberbios, se siente olvidado y preterido por los poderes

públicos, a los que agobia con sus súplicas para mejorar posición y fortuna. Así, en esta carta a Godoy, también inédita en el mismo legajo, entre los papeles que pertenecieron a Cánovas del Castillo:

«Señor Excelentísimo. Después de haberme matado estudiando toda mi vida; después de haber servido a la Patria pública y privadamente hasta donde han alcanzado mis fuerzas; después de ser un hombre el más conocido entre los hombre de letras de España; después de haber obtenido por dos veces dos primeros premios en las Academias más autorizadas y pobladas de hombres doctos... ¿no sería disculpable si me atrebo a implorar el patrocinio de V.E. para que me alargue sus generosísima mano y me haga subir un escaloncito?».

La muerte frenó sus aspiraciones cuando más esperanza podía tener de alcanzar el favor de los poderosos, olvidados ya en los últimos años del siglo de las ilusiones puestas en los progresos sociales derivados del movimiento ilustrado.

En cuanto al significado de estos versos en la historia poética del Setecientos, son de obligado recuerdo algunos comentarios críticos:

«Le faltaba el 'quid divinum', pero lo suple como puede, con su brioso desembarazo de hablista y de escritor» (11).

«Los 'Discursos filosóficos', repletos de buena doctrina y empapados de buena intención, son un manjar macizo e indigesto, que el buen Herrera, Rioja o Garcilaso hubieran rechazado al solo olerlo» (12).

«Los 'Discursos' filosóficos consisten en un largo e intolerablemente aburrido poema cuyo fin es dar una versión bastante ingenua del pensamiento filosófico y etológico que, según Forner, debe curar los males del siglo»(13).

«C'est toute la poésie didactique et philosophique du XVIII e siècle qui est devenue pour nous intolérable» (14).

Tiene razón este último crítico al relativizar el aprecio estético. Para entender este tipo de poesía, más prosaica que lírica, es preciso situarse en la época. Por imperativos ideológicos, Meléndez Valdés, Jovellanos, Trigueros y tantos otros poetas salmantinos y sevillanos del momento histórico conocido como ilustración, hacen de la virtud y de la filosofía moral el campo predilecto de sus experiencia poéticas. Odas y elegías se

sucedan con la misma finalidad: la fe en el "hombre virtuoso" que ha de regenerar la corrompida sociedad de finales del siglo XVIII. Si Meléndez proclama que «el hombre fue criado para la virtud», Forner escribe en la dedicatoria de sus *Discursos*:

«¡Ah, qué sabrosa paz e inextinguible
la sola virtud cría,
sea en despreciado albergue o en alto trono!»

De estos años es también su sátira, inconclusa, contra los vicios de la Corte. látigo en mano, Forner pretende serlo todo en uno: reformador de las costumbres, instaurador del buen gusto literario, aniquilador de los malos poetas. La literatura estaría de enhorabuena si los medios hubieran sido moldeados en versos dignos de recuerdo. Pero los temas no se prestan al desahogo lírico. El poeta asume funciones de predicador moralista, mezclando versos didácticos y satíricos, épicos y alegóricos, erróneamente llamados filosóficos por el simple objetivo de difundir una determinada filosofía moral. Necesariamente, los poetas que buscan en ellos la renovación de la poesía fracasan sin remedio.

Francisco Aguilar Piñal

NOTAS

1. Francisco Aguilar Piñal, *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*. Madrid, CSIC, 1987, pág. 141
2. El *Cotejo* fue publicado, con prólogo y notas, por Fernando Lázaro, en 1951.
3. François López, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIe siècle*. Bordeaux, 1976, pág. 441
4. Juan Luis Alborg, *Historia de la Literatura española. Siglo XVIII*. Madrid, Gredos, 1972, pág. 681.
5. Joaquín Arce, *La poesía del siglo ilustrado*. Madrid, Alhambra, 1980, pág. 270.
6. Rogelio Reyes, *Poesía española del siglo XVIII*. Madrid, Cátedra, 1988.
7. John H.R.Polt, *Poesía del siglo XVIII*. Madrid, Castalia, 1975.
8. Véanse los apéndices del María Jiménez Salas, *Vida y obras de D. Juan Pablo Forner y Segarra*. Madrid, CSIC, 1944.
9. Francisco Sánchez-Blanco Parody, *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*. Madrid, Alianza Universidad, 1991, pág. 278
10. Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 21.885
11. Leopoldo Augusto de Cueto, *Bosquejo de una historia de la poesía en el siglo XVIII*, en Biblioteca de Autores Españoles, tomo 61, pág. 191
12. María Jiménez Salas, op.cit. pág. 947
13. Javier Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1971, pág. 122
14. François López, op.cit. pág. 441